

LA BASE DE LA IGUALDAD ES LA VOLUNTAD POLÍTICA Y EL CAMBIO DE ACTITUDES

Entrevista con la Dra. Martha Zapata Galindo
Instituto de Estudios Latinoamericanos
Freie Universität Berlin

Filósofa y socióloga, Martha Zapata Galindo es investigadora y docente del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Freie Universität Berlin (Universidad Libre de Berlín), donde es también coordinadora del programa de doctorado de estudios latinoamericanos desde una perspectiva comparativa y transregional, así como responsable del perfil de género de la maestría de estudios latinoamericanos interdisciplinarios. En 2013, como codirectora del proyecto Medidas para la inclusión social y equidad en Instituciones de Educación Superior en América Latina, MISAL, recibió el premio Margherita von Brentano, uno de los más reconocidos en Alemania en la promoción de trayectorias profesionales de mujeres dentro de la Universidad.

En esta entrevista, concedida en el marco del coloquio internacional “Estudios de género en Alemania, China y México: ¿avances en la equidad?”, organizado por El Colegio de México y la Freie Universität Berlin y celebrado en marzo de este año, Zapata habla de su aproximación al género, de la necesidad de un cambio de patrones y actitudes en México, así como de su experiencia profesional en Alemania, país donde ha estudiado, vive y trabaja desde hace más de 32 años.

¿Cómo se construye un perfil de género en una maestría en estudios latinoamericanos?

Lo que hicimos fue generar una maestría interdisciplinaria sobre América Latina. Somos un instituto que tiene seis disciplinas: historia, literatura y cultura, antropología, ciencias políticas, sociología y economía. Como el nuestro, hay otros dos institutos dentro de la Freie Universität Berlin, el dedicado a Estados Unidos y el dedicado a Europa del Este. Se trata de institutos interdisciplinarios en los que se trabajan las ciencias regionales o las *area studies*, como se les conoce en Estados Unidos. La diferencia es que en la Freie Universität Berlin dichas ciencias se abordan desde una dimensión histórica y filológica. Sin embargo, no fue sino hasta que se da el Proceso de Bolonia,¹ que exige el cambio y la adaptación del antiguo modelo alemán al *bachelor* y al master, cuando decidimos hacer la maestría, sabiendo que eran seis disciplinas y que teníamos que generar un modelo en el que cada una pudiera colaborar entre sí. La solución fue hacer la maestría en estudios latinoamericanos aprovechando las fortalezas existentes en la investigación y en la enseñanza, que era mucha investigación sobre México y Brasil, y mucha sobre los estudios de género, mismos que desde los años ochenta tenían una presencia muy importante en el instituto. Para combinar este registro se hizo un modelo que tenía originalmente cinco perfiles: desarrollo, cuestiones culturales, aspectos regionales —dedicado a Brasil—, literatura e

¹ Proyecto de adaptación y unificación de criterios educativos, curriculares, tecnológicos y financieros en todos los centros universitarios europeos, iniciado en 1999 y finalizado en 2010.

historia y, naturalmente, estudios de género. Más tarde se hizo una reforma y decidimos sintetizar los estudios: por un lado, se dividieron en ciencias sociales y, por el otro, en ciencias humanas, de manera que ambas disciplinas pudieran colaborar entre sí de una forma más efectiva y se hiciera, también, con un marcado perfil regional y otro de género, que es tradicionalmente el perfil más interdisciplinario en la historia de la universidad y de los institutos que la componen. Así se decidió que en la maestría en estudios latinoamericanos, como en todos los otros perfiles, se trabajara investigación de género. Aparte, tenemos los académicos que solo trabajan en el área de los estudios de género, perfil que yo coordino.

¿Quiere decir que se aborda el género en áreas diversas?

En Alemania, la implementación de la equidad de género en las universidades nos exige una transversalización y es por esa transversalización que todas las disciplinas tienen que ver con género, aun cuando haya personas que no hacen género en esas disciplinas. Es simplemente una perspectiva: tener especialistas que profundicen mucho en el trabajo de género. Por ejemplo, tenemos una colega que trabaja sobre Brasil, el tema de la seguridad y la policía, con una perspectiva de género.

¿Cuál es la piedra angular de los estudios de género en Alemania?

En Alemania, a diferencia de América Latina, hay un gran desarrollo en la teoría de género; esto es, hay un debate y una discusión con el mundo

anglosajón que es, digamos, el que alimenta el debate teórico con mayor fuerza. No obstante, cuando llega a Alemania, ese debate se discute en el marco de la tradición alemana. Por ejemplo: en Europa, en los últimos cinco años, ha cobrado fuerza el debate sobre interseccionalidad, un tema que lleva diez años en el mundo anglosajón. En Alemania, sin embargo, se establece una lectura del paradigma de interseccionalidad de los estudios de género desde las tradiciones sociológicas, esto es, desde la teoría crítica, lo que permite reinterpretar teóricamente el paradigma de la interseccionalidad. Luego, retomando a Luhmann, se trata de pensar esa interseccionalidad desde la teoría de los sistemas, a la que se suma una influencia, siempre historizada, de Judith Butler y los *queer studies*. Más específicamente, en nuestro instituto trabajamos mucho interseccionalidad, pero lo hacemos en un “diálogo” con lo que está pasando en América Latina: no solo vemos el paradigma teórico alemán, sino también vemos, por ejemplo, la manera de abordarlo en Colombia, en Brasil, que tienen planteamientos muy originales. O en México, donde se está aplicando desde hace mucho una perspectiva interseccional, pero sin que se debata teóricamente sobre el concepto.

¿Sería esa la gran diferencia a la hora de abordar los estudios de género entre América Latina y, digamos, Alemania?

Es el rasgo más fuerte que nos diferencia: en Alemania se le da mucha importancia a la teoría, de manera que cualquier trabajo empírico tiene que partir de la teoría. Eso es lo que se les enseña a los estudiantes de doctorado: formular y

desarrollar una pregunta de investigación original que parta necesariamente de un marco teórico; que tenga, pues, un marco teórico-metodológico... Yo siempre cuento una anécdota cuando doy clases y abordo el tema de los derechos humanos — porque en Alemania tengo muchos estudiantes de América Latina—: les digo que en cuanto a los derechos humanos, en Alemania se discute mucho el concepto y hay mucho trabajo de investigación; en América Latina, en cambio, es una cuestión de vida o muerte... Ahí radica la diferencia de abordar unos temas en un lugar o en otro. La reflexión que se hace en Alemania sobre los derechos humanos tiene que ver con una problemática que no está muy politizada, mientras que en América Latina dicha politización está muy presente pero no tiene el nivel de teorización que sí tiene en el debate dentro de la academia alemana, en la que los casos empíricos no son el punto de partida, sino más bien la discusión conceptual y los marcos teóricos de referencia.

Nos acaba de convocar un coloquio que une a Alemania, a China y a México en torno a la equidad de género. ¿Qué pueden aprender unos países de otros respecto a la equidad?

Hay muchas cosas que se pueden aprender en ambos lados y nosotros en el Instituto tenemos desde hace mucho una posición que ha dejado de ser imperialista y colonialista. Tenemos una mirada que va más allá de lo poscolonial y que se traduce en el hecho de que nosotros ya no investigamos sobre América Latina, sino con América Latina. En nuestro colegio de graduados, que es binacional y mantiene una asociación

con México —en el que participa El Colegio de México—, justo se debatió lo que iba a aportar El Colegio de México a la sociología, y entonces un colega mío dijo: “bueno, cuando Luhmann fue a Brasil, cambió toda su teoría...” Esto quiere decir que tanto en Alemania como en México, por poner este ejemplo, hay realidades que tienen una complejidad muy diferente y que requieren, por tanto, de una aproximación a ellas totalmente distinta, dado que a veces los modelos teóricos que se desarrollan en unos países simplemente no funcionan en otros. Eso parece claro en disciplinas más aplicadas como la medicina, pero en la sociología puede ocurrir lo mismo. Ahora bien, en cuanto al desarrollo de los estudios de género, a veces hay en Europa un recorrido ya hecho que apenas se piensa hacer en América Latina, y ahí lo que resulta interesante es la transferencia de experiencias. Cuando yo vengo aquí (a América Latina) a dar una conferencia en ese contexto (de igualdad de género), siempre destaco: voy a hablar de Europa, pero para que se vea lo que no hay que hacer. Y a la inversa pasa lo mismo: una encuentra elementos (en América Latina) que son inspiradores y que son experiencias muy valiosas que ayudan a reflexionar sobre mi realidad, en este caso, Europa. Se trata de transmitir experiencias, pero también de abrirnos al mundo. En México, en América Latina en general, la relación de estudios de género con el movimiento de mujeres y la lucha social es muy estrecha, mientras que en Europa no. En Europa ha habido una separación muy grande entre las bases de los movimientos sociales y el proceso de los estudios de género, la academia y la investigación. Lo que yo llamo, primero, “institucionalización”

y, luego, “profesionalización” (en Europa), lleva a que se pierda de vista el sentido que tiene en América Latina la relación de la academia con la transformación de la sociedad. Esa es una diferencia muy interesante porque cuando se viene de Europa y se observa esta relación estrecha, te lleva a reflexionar sobre tu propia tradición y la manera que tienes de hacer investigación y de hacer ciencia. Por otro lado, a los estudiantes que van a Europa —y ésta es mi experiencia con los estudiantes latinoamericanos de doctorado—, siempre los tenemos que “regresar” a que reflexionen sobre lo que hacen: están acostumbrados a tener una idea y desarrollarla, pero hay un momento en el que uno les dice: “regrésate, vamos a reflexionar sobre lo que estás haciendo y cómo lo estás haciendo.” Y eso forma parte de la tradición científica en Alemania. En resumen: tenemos experiencias históricas diferentes de las cuales se puede aprender mutuamente; tenemos los mismos paradigmas porque circulan, aunque, como en el caso de China, tardan más en llegar —en China, por ejemplo, la interseccionalidad no ha llegado—; lo que cambia, pues, es la aproximación, partiendo de una realidad local. Y hay otra cosa que es muy importante: hay países en el que la comunicación en el ámbito transnacional e internacional está tan desarrollada que existe un diálogo permanente, mientras que hay otros en los que no. Son las experiencias de los simposios y congresos las que permiten descubrir nuevas dimensiones y hacen circular el debate hacia China, hacia Corea y hacia otros lugares.

¿Es posible que el discurso de la igualdad de género corra el riesgo de asumir los mismos

patrones “perversos” de la globalización: la expansión de estereotipos, la generalización de comportamientos, usos y costumbres, la eliminación de diferencias culturales, sociales, históricas, a favor de un cociente unificador?

No, no es posible. Yo creo que la visión local sigue siendo muy atendida e importante. Sí hay paradigmas que se imponen, pero sería muy ingenuo pensar que todos somos una *tabula rasa* y que todo lo que llega de afuera uno se lo apropia tal como llega. Siempre hay un conflicto, hay una apropiación y hay una discusión. Sin duda, lo global puede tener elementos negativos, sobre todo cuando hay una subalternidad muy marcada en la ciencia: sabemos que la hegemonía es anglosajona y que somos muy subalternos en todo el mundo a los modelos científicos anglosajones. Sin embargo, eso puede generar desarrollos creativos. En el caso de la igualdad, yo lo veo con experiencias en donde, ese debate sobre los estándares de los derechos humanos y los derechos de la mujer en el ámbito interseccional, genera potencial para el desarrollo de los movimientos locales de mujeres en países donde todavía no han llegado ciertos derechos, y en los que esos movimientos pueden cuestionar y discutir y hacer la lectura feminista de sus contextos. El ejemplo más clásico es el musulmán. Los planteamientos de las teólogas del Corán, que hacen unas lecturas radicales, son muy interesantes, y sin embargo defienden a veces posiciones que desde nuestra perspectiva (occidental) de los derechos humanos, no son compatibles: ahí está Irak, el único país donde las mujeres no pueden conducir un auto ni andar en bicicleta... Por otro lado, por ejemplo, en la Freie

Universität Berlin se hizo un reglamento interno para implementar la igualdad de género, que dice que cuando concursan por una cátedra o por un puesto académico en la universidad dos personas, un hombre y una mujer, si ambos tienen la misma calificación, entonces se le debe dar el puesto a la persona que pertenezca al grupo de sexo menos representado en la carrera o en la disciplina. Se trata de una discriminación positiva. Pues bien, eso, en el mundo anglosajón, no se permitiría. De manera que un modelo que puede venir de afuera genera un debate, una discusión y un resultado. Así, algo que puede ser internacional y global, se interpreta a nivel regional y local de otras formas y tiene diferentes potencialidades, negativas y positivas.

Estudió, vive y trabaja en Alemania desde hace varios lustros. Fue testigo de uno de los eventos más significativos del siglo XX: la caída del muro de Berlín. En lo concerniente a la evolución de la sociedad alemana, sostén de la Unión Europea en su sentido más amplio, ¿cómo ha vivido los avances sociales en torno a la equidad de género en ese país? ¿Cuáles han sido los aportes más significativos al respecto?

Había dos Alemanias y por tanto había dos movimientos feministas que funcionaban de diferente forma y con diferentes parámetros ideológicos, problemáticas, desarrollos y luchas. El movimiento alemán occidental estaba muy marcado por el debate en torno a los derechos reproductivos y al derecho a decidir sobre el propio cuerpo, canalizado en el debate sobre el

párrafo 218² que regula el aborto, pero había otros elementos muy importantes que fueron avanzando con la implementación de la transversalización de género y que se han convertido en leyes. Sin embargo, en la Alemania comunista iban más adelantados en la implementación de derechos para la igualdad entre las mujeres y los hombres porque no había un debate sobre el aborto y tenían mucho mejor reglamentada la situación laboral de las mujeres. De hecho, cuando cae el muro, se puede hablar de que en ciertos aspectos, para el movimiento feminista del Este, hubo retrocesos; se perdieron derechos porque no estaban “codificados” en la Alemania occidental, lo que daba cuenta de cómo había procesos desiguales y parámetros y enfoques distintos. No obstante, eso enriqueció el debate: se trajeron temas ocultos a la esfera de la nueva Alemania. Había, pues, cuestiones que se resolvían de forma diferente en las dos Alemania. Si pensamos en el trabajo reproductivo, por ejemplo, en la Alemania occidental las mujeres que querían hacer una carrera, en los años setenta, ochenta, postergaban el momento de tener hijos para después de haber finalizado y haber asegurado un trabajo, mientras que en la Alemania del Este era más fácil tener los hijos en el camino porque había una estructura que les garantizaba a las mujeres que podían embarazarse, dejar el puesto y regresar. Sin embargo, había una contradicción en esto:

2 Según el párrafo 218 del Código Penal alemán, se castiga el aborto libre con penas de hasta tres años de cárcel o con una multa. Se hace una excepción, sin embargo, cuando la mujer se atiene al reglamento que regula la asesoría que debe realizarse por lo menos tres días antes de llevar a cabo el aborto.

es evidente que ellas disminuían su rendimiento y, por tanto, su capacidad para subir en la escala de jerarquías. Eso sigue existiendo hoy en día en todas las universidades de todo el mundo: el tiempo que las mujeres invierten en el trabajo reproductivo es siempre dos tercios más que el que invierten los hombres. Y ese aspecto en la Alemania comunista no estaba teorizado pero estaba más concientizado, porque tanto hombres como mujeres estaban integrados en el mercado de trabajo, mientras que en la Alemania occidental había más mujeres fuera del mercado de trabajo.

¿Me podría poner un ejemplo actual de vanguardia en equidad de género, en Europa?

No hay más vanguardia que un Estado de derecho que otorga instrumentos para que las personas puedan reclamar sus derechos y puedan ejercerlos porque el Estado los garantiza. Ahora bien, te puedo poner el siguiente, que es controversial porque el Estado no lo puede cumplir: hay una nueva ley que obliga al Estado alemán a ofrecer un lugar en una guardería, gratis, para los hijos pequeños de cualquier familia. Se hizo para que cualquier padre o madre pueda trabajar, no haya discriminación y no se tenga que quedar nadie en la casa. El problema es que el Estado está desbordado y no puede cumplir con eso, de manera que ahora se inventó otra ley, impulsada por la ex ministra de familia, del partido de la derecha alemana,³ con la que se ofrece 150 euros

3 Kristina Schröder, ministra del Bundesministerium für Familie, Senioren, Frauen und Jugend (Ministerio Federal para la Familia, adultos mayores, mujeres y jóvenes) de 2009 a 2013, y miembro del partido Unión Demócrata Cristiana de Alemania (CDU).

mensuales a los padres que no lleven a la guardería a su hijo. La nueva ley hace que las familias más conservadoras, donde la mujer no trabaja, sean las nuevas beneficiadas —las que precisamente no iban a llevar a sus hijos a la guardería—, mientras que puede pasar que, de las que sí lo llevarían, ciertas mujeres se desmotiven de ir a trabajar a cambio de ese dinero. Así, justo una vanguardia, en este caso, genera su contraparte y oposición: un retroceso. Pero así funciona la implementación de políticas públicas de igualdad: se logran leyes que pueden ser muy vanguardistas, pero de repente hay un reglamento que puede neutralizarlas.

A ese respecto, en México abundan leyes, pero en su mayoría, son un ornamento. La lucha por la igualdad pasa, muchas veces, por la legislación. ¿Se corre el riesgo de que toda “victoria” termine en letra muerta?

Cada país tiene un modelo diferente para implementar el *gender mainstreaming* o la igualdad de género. En España, por ejemplo, se hicieron observatorios, un modelo parecido a los institutos de la mujer en México. En Alemania, en cambio, no hay ni observatorios ni institutos de la mujer; se comenzó poco a poco y se reglamentaron cosas mínimas que terminaron en la Constitución. Después se desarrolló una figura jurídica muy interesante que es la de las coordinadoras o representantes de equidad de género: en cada empresa pública que tenga más de 30 trabajadores tiene que haber una persona que esté al cuidado de que se cumpla la ley. Hay, también, mecanismos de igualdad que funcionan a través del consenso social. Un ejemplo de ello es la demanda de cuotas

de género: no hay ninguna ley que las establezca, pero para eso está el consenso y los acuerdos comunes. También sabemos que una ley no puede ser la solución, por eso la cuestión fundamental, por encima de la reglamentación, es cambiar las actitudes; hacer cambios culturales, generar esos cambios, que no se generan por leyes, sino a partir de un compromiso educativo y pedagógico. Si tú vives en un contexto cultural en donde se reproduce el desprecio a las mujeres, de poco servirá una ley. En cambio, si tú trabajas en favor de un cambio de costumbres, hábitos y actitudes, puede ser más efectivo. En Alemania, por ejemplo, los jóvenes de 25 años, como es el caso de mis estudiantes, están volviendo a tener hijos y son los hombres los que se quedan en casa atendiendo a sus niños. Yo tengo varios estudiantes que no se pueden doctorar porque acaban de tener el bebé y porque la esposa es la que trabaja. Ahí hay una actitud completamente diferente: ellos ya no ven como problema lo que para nuestra generación era una lucha de vida o muerte. Ahora hay un diálogo diferente y las actitudes han cambiado y ya es más normal que los hombres participen en el trabajo reproductivo, que inviertan tiempo en ello y que incluso desarrollen un interés por la paternidad.

¿Cómo se generan esos cambios? ¿Cuál es la responsabilidad del Estado en ellos?

Es responsabilidad del Estado y de la sociedad en su conjunto. Estos cambios tienen que ver con un movimiento de feministas y un movimiento de mujeres que nos transformó a todas y transformó la manera de educar a nuestros hijos. Por eso en México, cuando pienso en la violencia, yo

siempre me pregunto: ¿qué piensa la madre que tiene hijos que son asesinos? ¿Qué piensa la esposa que tuvo tres hijos con un marido que está en el crimen organizado? Esos cambios tienen que ver con que hay una parte de la sociedad que tematiza un problema y sale a la calle y protesta y llega un momento en que se convierte, como dice Pierre Bourdieu, en algo visible para la sociedad: que todo mundo sepa que hay un problema y que se tiene que hacer algo y entonces se empiezan a discutir las soluciones. Así que, como decía antes, no todo tiene que pasar por una ley. Es una lucha para cambiar nuestras formas de convivencia, pero esa lucha es más efectiva en sociedades en las que hay un acuerdo de base, en las que tenemos un entorno y una sociabilidad a defender y en las que se quiere que en esa sociabilidad se amplíen los horizontes de la ciudadanía con derechos.

¿México está preparado para estos cambios?

Yo no lo creo, porque la experiencia de la democracia es una experiencia muy corta. La experiencia del proceso de transición política es una cuestión no resuelta. Hay esferas en el entorno mexicano que están democratizándose en la base, pero hay entornos en donde esa democratización no ha llegado. Sigue habiendo zonas, enclaves de corrupción, de privilegios, de no entender mecanismos, de no desear que haya procesos transparentes. Yo creo que se necesita tener un acuerdo social que permita el respeto de las reglas del juego —que no tienen que ser leyes. Bourdieu es maravilloso por eso, porque precisamente analiza los campos sociales y cómo se dan reglas del juego que están estructuradas no

necesariamente por el Estado —el Estado juega solo un papel. Y eso en México está todavía en proceso y desgraciadamente ese proceso se ve cruzado por un estado de violencia de grupos que ya no tienen interés de sentarse a la mesa para negociar una sociedad justa y sin violencia. Con estructuras estatales y con un aparato ejecutivo, judicial y legislativo que no está funcionando como un estado de derecho, es muy difícil.

¿La figura de la coordinadora de igualdad de género que hay en los organismos y empresas públicas en Alemania podría ser trasladable a México?

Es una cuestión de recursos porque las personas que hacen ese trabajo invierten tiempo. Es un puesto laboral en las empresas. En las universidades hay uno solo, central, que es laboral, y muchos otros no centrales, que son puestos de elección financiados con becas y apoyos económicos, tanto para estudiantes, y con la descarga laboral del 25%, como para los que son trabajadores. En todo caso, la igualdad de género no se ha financiado con recursos extras. Sí ha habido recursos extras que han sido para cierto tipo de apoyo, como son las cátedras para mujeres o algún tipo de programa de becas, pero lo que toca a nivel concreto en las actividades, lo que se hizo, por ejemplo, en la Freie Universität Berlin, fue retenerle a cada instituto un porcentaje de su presupuesto anual que le corresponde para cubrir sus gastos. Dicha retención se le regresa etiquetada para medidas de igualdad de género si demuestra que ha introducido disposiciones para promoverla. Los que no hacían nada, lo perdían,

pero los que hacíamos mucho, ganábamos más. Empezó con el 1% y ahora ya van en el 30%. Así, con la crisis económica, muchos institutos recordaron que si hacían muchas cosas a favor de las mujeres, de la equidad y de la igualdad, de repente se les regresaba un premio que los apoyaba en la investigación que querían hacer. Es un experimento que deja ver que no se requiere de más recursos, sino que es una decisión política. Y eso lo sabemos muy bien: la base de la igualdad de género es sin duda la voluntad política. Sin ella, no puedes hacer nada.

¿Hablando de equidad, qué es lo que más le molesta y le llama la atención cuando llega a México, tras un periodo de ausencia?

El lenguaje discriminador de mujeres. Es algo muy inconsciente que circula por toda la cultura mexicana: en la música, en el arte, en la literatura. Y se reproduce y la gente no se da cuenta. Hay un sexismo brutal en el lenguaje. Hay un desprecio por las mujeres y una desvalorización que se refleja desde el *Laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Yo aterrizo y lo comienzo a ver y digo: “¿cómo puede uno transportar eso y querer cambiar a la sociedad?” Es decir, yo no puedo generar igualdad cuando la cultura reproduce a nivel representativo, la desigualdad. Mis propios colegas del Colmex, de la UNAM, hablan así, y son gente muy correcta y que quiero mucho, pero esto está, como diría Bourdieu, somatizado en el cuerpo.

¿Es un fenómeno que percibe tanto en hombres como en mujeres?

Claro, porque las mujeres cantan las canciones

que las ponen en el rol subalterno y están muy contentas y las disfrutan.

Se refirió al cambio de actitudes. Me da la impresión que muchas políticas de igualdad, en México, pasan por la división, por la segregación incluso, y no por la educación. Hay taxis y hay vagones en el metro para mujeres. Se privilegia la separación por sobre la conciliación, la creación de conciencia, el fomento de la convivencia. ¿Cuál es su opinión?

En el desarrollo del movimiento feminista hubo un periodo, y hablo de Europa —y que en un principio, cuando yo llegué, no lo entendía—, en el que fue importante esa separación, que yo no la llamo segregación. Se trataba de exigir un espacio para las mujeres, porque los hombres siempre se han apropiado del espacio urbano y era decirles: “ahora yo quiero tener mi espacio y tener derecho a apropiármelo.” En México, yo no tengo ese derecho de apropiarme del espacio urbano; el espacio público no es mío: tengo que luchar porque me reconozcan. Para los hombres es una cosa en la que ni siquiera piensan: es su espacio natural. En Alemania se comenzó con una librería para mujeres en la que no podían entrar los hombres y luego con un bar, y fue un escándalo, pero nosotras decíamos: “¿por qué es un escándalo si hay un montón de lugares a los que no podemos entrar las mujeres?” Ahora bien, reclamar un propio espacio no es el problema; el problema es quedarse ahí, porque, en efecto, eso no cambia las actitudes. La pregunta es cómo voy a educar a todos los usuarios del metro, cómo voy a generar un cambio en las actitudes. Y es eso lo que no se hace.

Asu entender, ante la emergencia de nacionalismos europeos que motivan la discriminación étnica y religiosa, ¿se puede perder lo que se ha ganado en torno a la equidad de género?

Claro, aunque siempre ha estado en riesgo. Ahora estamos en una fase mundial en donde todo lo que había logrado el feminismo está muy cuestionado, y el enemigo más grande, que también puede ser un aliado, es el mercado, porque es el mercado el que nos abre espacios para desarrollarnos, pero es el mercado también el que a veces nos quita los recursos. Y hay retrocesos cuando los gobiernos giran a la derecha y entonces empiezan a promover este tipo de leyes como la que mencioné, que lo que quieren es que las mujeres se queden en su casa, cuando lo que queremos es que vayan a trabajar, porque sabemos que las mujeres que se insertan en el mercado laboral tienen más posibilidades de desarrollo y eso es en favor no solo de ellas mismas sino también de sus parejas y de sus familias. Conocemos proyectos de desarrollo en África o en Brasil, con personas que trabajan en el área rural, gente discriminada socialmente, en los que la igualdad de género implica tomar en cuenta a toda la familia, no nada más a las mujeres. Y eso significa, para quien aún trabaja con el paradigma del empoderamiento, empoderar, sí, a las mujeres, pero también a los hombres, para que descubran que las mujeres son valiosas. Esa visión es muy interesante y tiene que ver con esos cambios de actitudes. Ese tipo de proyectos ha traído como resultados una disminución en los niveles de violencia de género en las familias.

En este sentido, ¿cuál es hoy el mayor paradigma en torno a la igualdad de género?

Reconsiderar que quizá los caminos que seguimos hasta ahora no son los únicos, que hay otros y que tenemos que reconsiderar las estrategias. Ése es el punto en el que estamos: en el de cómo generamos un movimiento feminista que tenga una incidencia más grande socialmente y cómo pasamos nuestra sabiduría, producto de nuestra experiencia de lucha, a las generaciones jóvenes, en un marco en el que la protesta mundial de los jóvenes está estructurada de una manera completamente diferente. La protesta ya no está segmentada, sino que ahora hay cruzamientos porque todos somos “antiglobal” y ahí se moviliza mucha gente, pero se pierde que en ese “antiglobal” hay una simetría de sexo, que está presente y hay una desigualdad. No obstante, la reformulación ya se está haciendo: el feminismo está comenzando a formular sus temas en terrenos en los que antes no lo hacía, como sería el del medio ambiente. Estamos discutiendo sobre la sustentabilidad sensible al género; estamos discutiendo las desigualdades de una forma completamente diferente desde el mundo de la globalización. Todo eso es lo que está cambiando y en ese proceso estamos. Esto es como una montaña: subes y bajas. Hay momentos en los que estamos en la cúspide, avanzamos mucho, y otros en los que retrocedemos, nos estancamos y hay que volver a replantear la estrategia para elegir un camino nuevo. Yo creo que ese es el ABC de todas las luchas políticas, no nada más de la de los derechos de las mujeres.

En ese sentido, ¿es hoy una mejor sociedad que la de hace 50 años?

En Europa, definitivamente sí. Aquí en México no estoy segura, pero en Europa se han cambiado actitudes y hemos ganado muchos derechos. Bueno, el hecho de que yo tenga estudiantes que digan “¿qué es eso del género?”, lo demuestra. Y lo dicen porque ya no viven la discriminación que nuestra generación vivió. Sigue habiendo, sí, una dominación masculina en muchos terrenos en los que no hemos logrado entrar, pero si tú me dices “¿preferirías vivir hace 50 años o empezar la vida ahora?”, no tengo duda. Desde una perspectiva de género, yo te diría: preferiría empezar hoy porque me ahorraría una lucha a vida o muerte que hemos llevado a cabo, a pesar de que estemos viviendo un momento muy difícil en la historia de la humanidad. ∞

Juan Manuel Villalobos
El Colegio de México
jmvillalobos@colmex.mx